

Sólo una vela

Clara Barceló Sellés



Capítulo 1

Washington, EEUU,

7 de julio, 2017, 4:25 a.m.

Rojo. Azul. Rojo. Azul. Destellos. Ruido. Dolor.

A través de mis párpados cerrados sólo percibo los destellos cimbreados de luces de color azul y rojo, así como un ruido sordo que se estaca en lo más profundo de mi cerebro, que creo que me va a crear una cefalea.

-- "...¿i!..."

Distingo una voz, una voz que me habla, pero no entiendo, no entiendo qué me dice. Intento abrir los ojos pero me resulta imposible. Ahora mismo estoy suspendida en el aire, dando miles de vueltas por minuto, orbitando sobre mí misma. Así de mareada me siento.

-- "...¿!¿ien?"

Noto cómo unas cosquillas se apoderan de mis manos y el calor se inserta en mi cuerpo. Ahora estoy empezando a aterrizar en el suelo. Empiezo a tomar consciencia de mí otra vez.

-- "¿...¿!¿bien?"

La voz cada vez se hace más clara y repetitiva. Me duele la cabeza, pero creo que estoy empezando a distinguir lo que quiere decirme. El ruido exterior se hace eco en mi mente. Coches, sirenas, gritos... Es todo lo que oigo.

-- ¿Se encuentra bien?

Un pitido me hace abrir los ojos. A pesar de que veo borroso y todo me da vueltas, distingo una figura negruzca mirándome fijamente... ¿desde arriba? ¿Acaso no estaba sentada? ¿Estoy tumbada?

Intento mover mis manos para explorar qué es esto que me sostiene en posición horizontal, pero no puedo. Es como... es como si tuviera las

manos amarradas. ¿Me han apresado?

Aquella persona debe de sentir mi incomodidad, porque se explica:

-- Señorita, va usted de camino al hospital. Ha tenido un accidente de coche. ¿Quiere que llamemos a alguien?

Accidente. Accidente de coche. Me duele la cabeza. ¿Qué accidente? ¿He tenido un accidente? Recuerdo estar sentada en el coche, recuerdo un destello de luz. Me pica la cabeza, ¿alguien puede rascarme la cabeza? ¿Alguien me oye?

-- A...h... -- es todo lo que llego a articular. Mi voz suena quebrada y resbaladiza.

Aquella persona, que, según interpreto, es un técnico de asistencia sanitaria, me mira sin comprender, pero sonrío.

-- Hemos podido recuperar algunas pertenencias del coche, entre las cuales había un teléfono móvil. En caso de que no despertaras iba a llamar al número de emergencia asignado. ¿Quieres que lo haga? Parpadea una vez si es un Sí.

No hago nada. Me duele la cabeza, estoy mareada!

Cierro los ojos. Los vuelvo a abrir. De pronto el técnico asiente y creo que ha entendido lo que ha querido.

Vuelvo a cerrar los ojos, mejor que hagan lo que quieran y que me dejen descansar. La mente me desplaza a toda prisa al lugar del siniestro, al coche, minutos antes del "accidente".

"Apaga la música", dice una voz en mi mente.

¿Quién ha sido? Vuelvo a abrir los ojos, alarmada.

"Sólo es un poco de música, no pasa nada". Esa es mi voz. ¿Qué está pasando?

"Son las cuatro de la mañana, deberías concentrarte en conducir y apagar la música", vuelve a repetir esa voz. Es la voz de un hombre. Los ojos se me humedecen al oírla en mi mente. La reconozco. Es... ¿cómo se llamaba?

Cierro los ojos de nuevo. Unas imágenes cruzan mi mente a toda velocidad. Esa voz proviene de un hombre de pelo oscuro que se mantiene rígido en el asiento del copiloto. Mi corazón se acelera al recordar su cara.

¿Cómo se llamaba?

Abro los ojos y observo al técnico que me acompaña en la ambulancia.

-- Él... Él... -- digo para atraer su atención. Tarda unos instantes en ver que le estoy hablando--. ¿Dónde... él? --no tengo fuerzas para hablar, así que simplifico lo máximo posible las frases.

El hombre rompe su sonrisa. Mira al suelo. Vuelve a mirarme. Vuelve a mirar al suelo. Y me mira.

-- Lo siento... Él no.

A pesar de mi mareo, mi dolor de cabeza, mi confusión del momento. A pesar de todo eso, le entiendo a la primera.

Y por eso cierro los ojos y me pongo a llorar.

Washington, EEUU

20 de septiembre, 2017, 10:30 a.m.

Mi madre se revuelve impasible en su butaca. Sus manos sobre el regazo y sus labios fruncidos demuestran lo disconforme que está, aunque no dice nada.

-- ¿Dónde has dicho?

-- Edimburgo, en Reino Unido. He encontrado un apartamento y un trabajo.

-- Edimburgo... --resopla. No tiene nada en contra del lugar, pero le duele que me vaya de su lado. Siempre he vivido con ella; he estudiado en casa, ella ha sido mi principal maestra y la que ha promovido mi matrícula en la Universidad. Siempre hemos estado juntas. Por eso le duele que quiera irme--. ¿Por qué?

La miro a través de mis ojos azul celeste. De ella he aprendido a ocultar mis sentimientos bajo una mueca inexpresiva. De pequeña siempre me dijo que usara esa cara para intimidar a mi interlocutor, de esa forma podría analizar sus intenciones mientras que él estaría más ocupado intentando cambiar mi estado de ánimo pensando que era culpa suya.

Ahora le duele, lo sé, le molesta que use esta estrategia con ella. Vuelve a revolverse incómoda en el sillón.

-- Ya tengo las maletas hechas. Y un billete. Sólo quería decirte que me voy.

De pronto cambia su cara.

-- Pero, ¿por qué?

Miro al suelo.

-- Necesito alejarme de todo esto. Necesito que la gente se olvide de mí por un tiempo.

Los labios de mi madre tiemblan. Cuando me vaya de casa va a llorar. Lo sé. Quiero abrazarla, decirle que no llore, pero no puedo. Me siento tan vacía, tan impotente, tan inútil que ahora lo último que quiero hacer es abrazar a alguien y menos mi madre. Ella respondería a mi abrazo, me daría cariño y me diría que todo va a estar bien. Ahora lo único que quiero es seguir enfadada con el mundo.

Mi madre se levanta y se va del salón. Yo permanezco sentada en la silla incómoda de mimbre. Podría haberme sentado en el sofá, o en otra butaca. Pero no, el dolor que siento en mis posaderas ahora mismo me recuerda que en diez minutos me voy a levantar y me voy a ir de esta casa.

Mi madre vuelve. Tiene los ojos llorosos, pero actúa como si no hubiese pasado nada. Me tiende un papel arrugado que guardo en mi chaqueta.

-- Te he apuntado la dirección de un amigo mío. Es psicólogo. Creo que te vendría bien hablar con alguien.

Miro al frente evitando la mirada de mi madre. Luego le sonrío. Debo tener una cara de perros porque sus labios vuelven a temblar.

-- Gracias, mamá. Lo miraré.

Diez minutos después estoy en la puerta de entrada con una maleta de mano y una mochila, chaqueta en mano. Siento la mirada de mi madre clavada en mi nuca, queriendo acceder a mi interior.

Por los pasos que oigo sé que se está acercando. Me abraza. Me acaricia la cabeza. Soy casi tan alta como ella, así que aprovecha para mirarme como si fuera una niña. Pero sabe que ya no lo soy.

-- No te guardes nada, sácalo todo.

La sonrisa de mi madre es la más tierna que haya visto jamás. Puede que sea una madre estricta y rígida, pero me ha llevado hasta donde estoy. Aunque ahora mismo crea que eso es malo, es bueno.

Le asiento. Sé que espera una sonrisa, pero no puedo. No puedo.

Tres horas más tarde estoy en un avión, de camino a Edimburgo. Todos a mi alrededor se preparan para dormir, ver una película o leer un libro.

Yo abro mi mochila y extraigo un sobre abierto, donde guardo todas las fotos que no he querido tirar.

Sé que, en otras ocasiones, al ver su cara, habría llorado. Pero ahora no. Estoy tan podrida por dentro que ya no puedo llorar.

Y no voy a llorar más. Ni por él ni por nadie.

2. SEÑOR OLSON

Newhaven, Edimburgo (Escocia)

23 de septiembre, 2017, 9:00 a.m.

Verla sentada aquí, delante de mí, con el escritorio que nos separa, con esa cara pálida y esas ojeras completamente desconocidas en su documento de identidad, hace que arquee las cejas.

Sin duda está pálida, completamente diferente a la foto de sus papeles que llevo estudiando días. En la foto mostraba un amago de sonrisa, lo máximo permitido en los documentos formales, pero aún así era una sonrisa bonita. Y esos ojos...

La última vez que vi un azul tan claro fue cuando el cielo estuvo completamente despejado y no se veía ninguna nube. No es mi color favorito, pero reconozco que ver brillar sus ojos con la misma tonalidad que ese cielo me hizo sentirme bien de nuevo.

Va completamente arreglada como espero de cualquiera que se presente a una entrevista; ha recogido sus largos cabellos negros en un moño bajo y se ha colocado una horquilla en forma mariposa plateada que resalta sobre la oscuridad de su pelo. Lleva una chaqueta formal azul oscuro encima de su camiseta blanca, y por encima de su escote en forma de triángulo llevo a observar un colgante, igualmente, en forma de mariposa.

Sí, sin duda ha venido preparada para esta entrevista.

Me mira seriamente a la espera de que diga algo.

-- Pensaba que traería usted la Constitución debajo del brazo --siempre suele ser mi chiste inicial. Después los hombres se revuelven incómodos en su asiento y las mujeres se sonrojan sin saber qué decir.

Ella, no obstante, arruga la nariz y, por primera vez, estrecha los labios en los que parece ser una sonrisa sarcástica. Resopla.

-- ¿Qué Constitución?

Sonríó. La habría despachado inmediatamente si hubiera afirmado mi sugerencia. Vuelvo a mirar sus papeles.

-- Emily García. Curiosa combinación para ser de Estados Unidos.

Ella arquea las cejas.

-- Soy de ascendencia mexicana, tampoco es tan curioso.

-- ¿Su padre es mexicano? --me rasco la barbilla. Sin duda será la primera abogada de ascendencia latina en mi bufete, y eso me hace preguntarme si dará buena imagen.

-- No, mi madre --debe de haber visto mi confusión en la cara, por lo que añade--: me cambié el apellido en cuanto cumplí la mayoría de edad.

Asiento. Vuelvo a hojear sus documentos. Entre todos ellos está su expediente académico. Sin duda ha sido una brillante estudiante de la Universidad de Washington, ha realizado prácticas en el despacho de Emilia García (deduzco que debe de ser su madre) y en algún otro que no conozco. En cuanto ha entrado por la puerta, con ese porte altivo, el bolso negro bajo el brazo y esos zapatos planos sabía que le iba a dar la bienvenida al bufete. Sin embargo, no me gusta su actitud pasiva. Sus caras alargadas e inexpresivas, así como sus caídas de hombros constantes y la forma en que arruga su nariz puede que la ayuden en los tribunales, pero no aquí. En el despacho todos somos alegres y nos ayudamos, y su actitud me da una sensación de que voy a tener que aclarárselo más de una vez.

Dejo los papeles sobre la mesa boca abajo. Cuando me ven hacer eso, saben que he terminado y tengo mi veredicto. Ella ni se inmuta.

-- Supongo que, para haber solicitado una plaza en el despacho de abogados Olson&Olson se ha estudiado toda la legislación inglesa al completo. Sin embargo, le asignaré a un compañero para que aprenda

cómo trabajamos aquí; es importante que cada miembro del equipo colabore en mantener el estatus inquebrantable de nuestro equipo.

Desvía la mirada. Frunce los labios. Mueve la nariz. Con esta mueca tan infantil parece que tenga menos años de los que su documento de identidad dice que tiene.

-- No necesito un tutor de prácticas, ya las he hecho --vuelve a mirarme con una expresión impasible. Será una gran abogada, pero si aún no ha ejercido nunca y menos en una jurisdicción tan diferente como la que hay instaurada en Estados Unidos, debe seguir aprendiendo. Y lo primero que debe aprender es que soy el director de este bufete y necesito mantener la imagen de eficacia y éxito que mis ascendientes le dieron a mi apellido.

-- No son prácticas, de hecho, te vas a mantener al margen hasta que te asignemos un caso y tengas claro cómo funciona todo aquí.

Abre los ojos como platos. Sin duda no le ha gustado mi veredicto. Ahora mismo debe odiarme. Y eso, por cómo me delata mi sonrisa, me gusta.

-- Si no quiere que haga nada, ¿por qué me acepta?

Se parece a mi hermana pequeña con uno de sus berrinches.

-- No dudo que tengas potencial --su mirada se suaviza--, pero hasta que no lo consolides, sólo quiero que mires y aprendas.

Respira muy fuerte, tanto que la comparo con el lobo de los tres cerditos. Está esperando a que diga algo para poder levantarse e irse sin dañar su orgullo. Sin duda me lo pasaré bien con esta mujer.

-- Nos vemos mañana a las seis, señorita García.

Ella sonrío. Es la sonrisa más falsa que he visto en mi vida. Ahora que sabe que la he aceptado, puede romper su fachada neutra. Se levanta, vuelve a colocar su bolso debajo del brazo y se dirige a la puerta, no sin antes hacer ¿una reverencia? y decir:

-- Hasta mañana, señor Olson.

Newhaven, Edimburgo (Escocia)

23 de septiembre, 2017, 11:00 a.m.

Mi jornada laboral termina a las once de la mañana y se inicia de nuevo a las tres de la tarde. Durante este descanso me da tiempo a comer en mi

casa, tomar un té y descansar del ajetreo que es mi vida ahora.

A pesar de estar en la treintena, llevo ya cinco años liderando el bufete de abogados Olson&Olson que, anteriormente, ya lideraron mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo. Es por ello que la abogacía es nuestro sello familiar y cuando terminé mis estudios no pude menos que aceptar el cargo.

El trayecto del despacho a mi casa es corto, de hecho, son veinte minutos contados. Vivo justo en una casa adosada con vistas al puerto. A cualquier turista del centro de Europa le parecería un lugar ideal para vivir, pero la verdad es que hace un frío...

Tras aparcar el coche en el parking, recojo todos los documentos que tengo que repasar antes de volver al trabajo. Porque, al fin y al cabo, ser abogado es algo más que lo que se ve en las películas, es trabajo constante de estudio y aprendizaje legal. Por eso cuando hago alguna charla a los recién licenciados en Derecho en Stirling y en Glasgow traigo carpetas y más carpetas con papeles para que se hagan una idea de lo que se les viene encima si quieren ejercer de abogados.

Mi casa siempre huele a pinos. Cuando abro la puerta, el aroma me invade y respiro profundamente.

Son las doce cuando abro la nevera en búsqueda de mi comida que, rápidamente, preparo cada mañana antes de ir al trabajo. Como en silencio con la única compañía del sonido de las varillas del reloj.

He quedado con Margaret a las doce y media. Es la vicepresidenta de una compañía inglesa que vende juguetes, con sede en Glasgow. Hace tiempo que dejé de representar legalmente a su empresa para centrarme en más especialidades jurídicas. Ahora de nuestra relación profesional no queda nada más que nuestros trajes tirados al suelo cuando nos vamos a la cama, rápido, antes de volver cada uno a su trabajo.

El timbre me saca de mis pensamientos.

Me levanto y abro. Se ve igual que siempre, con un traje oscuro y el pelo corto envuelto por su pañuelo gris.

-- Margaret --le tiendo la mano para que entre.

-- Zac --me saluda, sonriente. Vamos al salón. Corro las cortinas. Bajo la iluminación. Nos sentamos en el sofá, a un metro de distancia el uno del otro. Hemos hecho esto decenas de veces, pero el momento inicial siempre resulta igual de distante--. ¿Cómo estás?

-- Bien --se quita la chaqueta y la deja a su lado--. En el despacho, como siempre-- veo que se quita un zapato dejando al descubierto sus medias

transparentes y sus uñas rojas--. Trabajando--. Se quita otro zapato y lo desliza al lado del otro--. ¿Tú cómo estás?

Apoya las manos sobre el regazo y me mira sonriente.

-- Bien, a punto de volver al trabajo.

Cuando veo que se empieza a desabrochar la camisa, no puedo más. La ropa de ambos vuela y en menos de dos minutos estoy sobre ella. Se muerde los labios para no gritar mientras paseo mi lengua por su cuello.

Veinte minutos después, Margaret se viste de nuevo y desaparece de mi casa. Yo me ducho y me preparo para volver al trabajo.

Mientras absorbo mi té, no dejo de pensar en que ya quiero que sea mañana para volver a encontrarme a esa gruñona de pelo oscuro y ojos claros que me ha hecho sonreír.

3. SEÑORA CAMPBELL

Newhaven, Edimburgo (Escocia)

23 de septiembre, 2017, 11:00 a.m.

El día que llegó al portal arrastrando su maleta de mano y una simple mochila a la espalda respiraba agitadamente y soplaba las gotas que resbalaban por su cara debido a la lluvia que había caído.

-- ¿Es usted la señora Campbell? --dijo con una voz entrecortada.

Me apresuré a cogerle la maleta y dejarla pasar, a pesar de observar, horrorizada, cómo los chorros de agua descendían en cascada por su abrigo hasta aterrizar en mi moqueta azul.

-- Supongo que usted debe ser la señorita García --le sonreí con educación.

Ella me devolvió la sonrisa. Me dirigí detrás del mostrador para buscar su solicitud de renta de vivienda. La había pedido con una antelación de seis meses, aunque, sorprendentemente, había decidido alquilar el apartamento más pequeño teniendo los amplios disponibles en ese momento.

-- Para finalizar el registro necesito tu visado de trabajo. Es una mera

formalidad.

La foto adjunta en aquel documento mostraba a una joven de pelo oscuro, mirada alegre y ojos claros. Su piel era algo más oscura que la de la mujer que tenía ante ella en ese momento. Según la fecha de nacimiento del visado, Emily García tenía veinticuatro años e iba a instalarse a Gran Bretaña para trabajar durante un periodo prolongado. Se lo devolví con una sonrisa.

-- Sígueme --le dije cogiendo unas llaves del mostrador y dirigiéndome a un ascensor en la otra punta del recibidor. Cuando se cerraron las puertas, ella miró al techo del ascensor, evitando mi mirada, suponía, para no verse obligada a iniciar una conversación--. El apartamento está en el segundo piso. Es pequeño, pero creo que eso ya lo sabías.

Ella me miró dejando caer los hombros. Se cogió las manos, esperando que llegáramos a nuestro destino. El ascensor se tambaleó ligeramente cuando se detuvo en la segunda planta. Pasaron diez segundos antes de que las puertas se abrieran y nos dejaran salir.

Dos minutos después, metí las llaves en la cerradura y abrí la puerta del apartamento dejando espacio para que ella entrara primero y dejara sus cosas. Yo entré detrás, situándome a un metro de distancia con tal de dejarle espacio para que admirara los ochenta metros cuadrados que conformaban el apartamento. Estaba completamente amueblado y había suficiente espacio para una cama, un sofá, un baño, un armario empotrado, una cocina, una mesa y un balcón pequeño que daba a la costa. La finca de apartamentos estaba edificada de cara al mar, justo saliendo de Craighall Road, una de las calles más extensas de la zona. Por suerte, Newhaven era una región marítima y, por tanto, un punto de encuentro de cientos de turistas, por lo que la finca se llenaba a cualquier época del año de extranjeros que volvían de haber visitado Escocia en todo su esplendor.

Emily dejó la maleta en el suelo, la mochila (empapada) sobre la cama y se volvió para mirarme. Le tendí las llaves y, tras explicarle que podía tomar el té conmigo cuando quisiera, así como solicitarme cualquier duda, me fui.

El mismo día a las seis de la tarde, la joven apareció en el recibidor vestida con ropa de abrigo y preguntándome a media voz que si podía tomar el té con ella.

Y desde ese día no ha faltado a ninguna hora del té.

Newhaven, Edimburgo (Escocia)

23 de septiembre, 2017, 11:00 a.m.

Emily rodea su taza humeante con las manos mientras mira el vacío. Yo unto mis tostadas con mantequilla y observo hambrienta la mermelada de arándanos.

-- ¿Entonces tienes el trabajo?

Ella se muerde el labio, pero mantiene su mirada perdida.

-- Sí. Empiezo mañana.

-- Ese despacho es bastante prestigioso, dentro de unos años será centenario --le digo dando un mordisco a mi tostada violeta por la mermelada que he vertido sobre el pan.

Emily asiente. La verdad es que la chica no es muy expresiva y habla lo justo. Hay personas, por lo que sé, que reflexionan mucho antes de decir cualquier cosa. Ella, por el contrario, parece que, más que medir sus palabras, está en otro mundo. Desvía mucho su mirada y no sonríe. No la conozco, pero por su foto en el visado creo que es una mera sombra de lo que fue en otro tiempo. Es bastante joven y ha cruzado el Atlántico para asentarse en Escocia. Me pregunto si echa de menos a su familia.

-- Si necesitas cualquier cosa mientras estés trabajando, puedes llamarme --digo dando otro mordisco a mi tostada. Siempre he sido amable y no cambiaré mi actitud frente a esta chica pálida y ojerosa--. Si necesitas que compre algo, hay un Sainsbury [supermercado del Reino Unido] aquí al lado.

Ella baja la mirada. Mira su taza. Y de la taza me mira a mí. Sonríe. Tiene una sonrisa bonita. Sé que, si sonriera de verdad, iluminaría la finca entera. Pero no lo hace.

-- Gracias, señora Campbell...

-- Beth...

Ella suelta una risita. La primera desde que llegó aquí.

-- Gracias, Beth --se corrige.

-- Zac es un buen chico --le sonrío, quizá está preocupada por mañana.

Me mira con curiosidad.

-- ¿Quién?

Suelto una carcajada.

-- Zac Olson, el del despacho de abogados--. Ella asiente, esta vez con más ganas. Estoy segura de que no lo sabía. Los que vivimos en Newhaven desde hace tiempo nos conocemos, y yo conozco a Zac desde que era un crío. Su padre llevaba el bufete con mano dura y los tribunales ardían cuando él llevaba un caso. Más de una vez salió en los periódicos--. Su padre era muy bueno en su trabajo y él también. Vas a aprender mucho con él.

El ojo derecho de Emily se tambalea mientras el otro se mantiene en su lugar. Juro que jamás había visto una expresión tan cómica en nadie y acabo sacando el té por la nariz de la risa que me ha entrado. Esta joven me sigue mirando, ahora sonriendo por mi ataque de risa.

-- ¿Qué te ha pasado? --pregunto aún entre risas.

-- Nada --dice, dejando caer los hombros y desviando su mirada.

-- ¿Te ha molestado lo que te he dicho? --la pico un poco. Empiezo a ver el genio de esta chica expresado en muecas como la que me acaba de poner. Sin duda tiene genio y orgullo, y acabo de pinchar justamente donde le duele.

-- No --dice intentando sonar convencida.

-- Sólo digo lo que sé. Pero seguro que acabas siendo tan profesional como él --sigo pinchándola para ver si le saco una sonrisa.

Ella se remueve y, ¡por fin!, sonrío de verdad. Hace tiempo pensé que si esta chica sonreía iluminaría la estancia, y tenía razón. La sonrisa le cruza la cara y le dibuja unas bonitas arrugas debajo de los ojos, que no hacen más que resaltar la cara tan bonita que tiene. Me da pena que esté aquí sola...

-- Algún día --me asegura.

Poco después, se termina el té, se levanta de la mesa que tengo en la habitación contigua al recibidor, y se marcha.

Sigo mirando la puerta por la que ha salido diez minutos después.

La mirada de esta chica está tan apagada que no puedo evitar sentir pena

por ella.

Yo estaba igual cuando murió mi marido.

4. ZAC OLSON

Newhaven, Edimburgo (Escocia)

24 de septiembre, 2017, 6:04 a.m.

--Llega tarde.

La señorita García respira agitadamente a pesar de intentar disimular aclarándose la garganta. Ha debido de correr para llegar puntual, aunque, como pensaba, no me da explicaciones ni se excusa. Simplemente me mira. Me mira con esa cara inexpresiva que grabé ayer a fuego en mi mente, y esas ojeras. No creo que haya dormido. Pero eso son gajes del oficio. Yo, de hecho, hace años que no duermo bien. Me acuesto tarde por el trabajo y me despierto a las cuatro de la mañana para arreglar papeles antes de venir al despacho.

--Sólo cuatro minutos --me rebate.

--Cuatro minutos pueden cambiar la imagen de un abogado, ¿sabe?

Ella resopla. Sin duda tiene genio, está intentando contenerse, pero tiene genio. Sonríe.

--Entonces mañana a las seis menos cinco estaré esperándole a que me abra la puerta del despacho --vuelve a poner esa sonrisa falsa de ayer. Lo sé porque achina los ojos mientras extiende los labios a ambos lados de la cara de forma nada espontánea.

--A esa hora, el bufete ya está abierto --le rebato yo.

--Entonces me apiado de usted --arqueó la ceja en cuanto suelta eso--. Si no duerme más es posible que saque su lado irritante.

Me revuelvo en mi asiento incómodo. Me gusta discutir con mis socios y con los abogados que trabajan en mi despacho para hacerme una idea de su capacidad verbal, pero esta chica tiene una actitud que no me gusta, no me respeta. Sin embargo, antes de que vaya a decirle algo, ella se

adelanta:

-- ¿Por qué me ha hecho venir a esta hora si no hay nadie? --su tono es más calmado, aunque se nota que le gusta sentirse superior por la expresividad de su cara.

--Todos vienen a las nueve. A esta hora sólo estoy yo --me levanto de mi sillón y pongo las manos sobre la mesa, observándola--. Te cité a esta hora para enseñarte el despacho y explicarte personalmente algunas cosas.

Ella desvía la mirada. Frunce los labios. Achina los ojos.

-- ¿Y eso no iba a hacerlo el tutor que me tenía que asignar? He venido preparada para mirar, escuchar y aprender--se cruza de brazos mirándome.

Levanto las cejas.

-- Quería hacerlo personalmente por si tenías dudas. Después tengo mucho trabajo y no voy a poder hacer nada por ti --achino los ojos y pongo los brazos en jarra. Es un primer aviso para que se corte un poco.

Ella resopla.

--Gracias por el ofrecimiento, pero prefiero al "tutor".

Me estoy cabreando. No puedo empezar la mañana enfadado porque me quedan muchas horas por delante, y los enfados me provocan malestar y dolor de cabeza. No sé qué tiene esta mujer conmigo, pero estoy por mandarla al cuerno.

--Entonces ve a la sala de espera y haz algo de provecho ahí.

Ella sonríe, me hace, casualmente, otra reverencia como la de ayer, y sale de mi despacho. Yo cierro la puerta dos segundos después de que ella se haya ido. Mi puerta es de cristal transparente y la sala de espera está justo enfrente de mi despacho, así que puedo vigilarla. De hecho, ha ido a sentarse en uno de los sillones que hay dispuestos enfrente de la mesita redonda y está observando los libros de tratados escoceses que hay en la estantería pegada a la pared. Se cruza de piernas y se mantiene ahí.

Sin duda tiene mucho orgullo, mucho ego y mucha actitud. Eso, si supiera gestionarlo, sería bueno en su ejercicio como abogada, pero ahora mismo no sabe. Simplemente es una niña que acaba de terminar su carrera de Derecho, ha hecho prácticas con su madre y sus amigos y cree que ya tiene todo lo que necesita para ejercer. Pero se equivoca. Aunque estuviera en Estados Unidos, le queda mucho por aprender, y ahora que

se ha mudado, más aún. Me gusta su forma de ser y me gusta más aún su currículum, pero si no empieza a cortar sus ganas de tocarme las pelotas, se va fuera.

Me siento de nuevo ante mi mesa y me concentro de nuevo en mis papeles. Hoy me he citado con la señora Acker a las diez para tramitar su divorcio, y tengo que revisar todas las pruebas que me facilitó para proponerle la gran cantidad de frutos de los que se puede apropiarse después de su fallido matrimonio.

Miro el reloj de la pared. Sólo son las siete. Alargo el cuello para mirar a través del cristal de la puerta. Emily se ha levantado de su butaca y está hojeando un libro. No alcanzo a ver la cubierta desde aquí, pero por su longitud creo que es un compendio doctrinal.

Vuelvo a centrarme en mi trabajo. Tengo muchas cosas que hacer antes de que lleguen mis compañeros a las nueve, y sólo quedan dos horas. Luego será todo un jaleo, y si no adelanto trabajo no dispondré de mi descanso para relajarme en casa.

Vuelvo a mirar fuera, pero Emily ya no está. Me quedo descolocado. ¿Dónde está? Me levanto y me acerco a la puerta para espiar (lo que se dice espiar no, porque se me ve perfectamente desde fuera), pero no la veo. Abro la puerta y salgo de mi despacho y la veo aparecer por la puerta del fondo de la sala de estar, que lleva a los diferentes despachos de mis compañeros. Me mira impasible y se sitúa ante mí. A pesar de que le saco dos cabezas, pone los brazos en jarra y frunce los labios, como un niño que espera una reprimenda.

-- ¿Dónde estabas? --le pregunto--

-- He ido a investigar por mi cuenta. Cuando esto esté lleno de gente no podré hacerlo --al ver mi cara de asombro por su atrevimiento, ella continúa--. Tranquilo, no he tocado nada.

--Emily... --empiezo a decir.

--Señorita García --me corrige ella, arqueando las cejas.

--Emily --repito. En este despacho todos nos llamamos por nuestro nombre y nos tratamos con cordialidad, pues somos un equipo y está claro que ella tiene que aprenderlo--. No me gusta tu actitud hacia mí...

-- Y a mí tampoco la tuya --me suelta, desviando la mirada.

Aunque me estoy crispando de nuevo, prosigo.

-- No me gusta tu actitud hacia mí porque, si no te has dado cuenta, este bufete es mío y yo quiero que mis compañeros me muestren un poco de respeto. No vas a encajar aquí si actúas como si fueras superior.

Eso parece molestarle, porque aprieta la mandíbula y mira a otro lado.

-- No..., no estoy intentando hacerme la superior.

-- ¿Entonces qué te ocurre? ¿Por qué te comportas así conmigo, dime? -- la miro. Es agotador tener que tratar a una adulta como a un niño para que entienda las cosas.

Ella respira hondo y me mira. Me fijo en sus ojos azul claro clavados en los míos y puedo ver a la perfección las bolsas moradas que tiene debajo de los ojos. Aunque ha intentado taparse sus ojeras y su falta de sueño con maquillaje, se ve claramente que no duerme bien.

-- Porque creo que valgo más que para mirar y escuchar.

Respiro hondo, también.

-- Lo sé, pero quiero que aprendas antes de ejercer oficialmente en mi bufete.

Ella asiente y desvía la mirada. Creo que ya se le han bajado los humos.

-- Vale --musita. Se da la vuelta para volver a sentar en el sillón. Yo me quedo de pie, pensando en la cantidad de trabajo que se acumula en mi mesa esperando que lo atienda. Pero, cambiando mis planes completamente, me acerco a ella y me siento en el sillón que hay al lado del suyo. Son las siete y media, quedan noventa minutos para que empiece el movimiento. Tengo media hora para poner a esta mujer de mi lado antes de presentársela al resto del equipo. Ella me mira, sorprendida. Creo que esperaba que la dejara sola, pero aquí no trabajamos así. Sin duda tiene que aprender muchas cosas.

-- Uno de los puntos fuertes de este bufete --empiezo. Me muerdo el labio y miro el suelo para no tener que observar sus ojos todo el tiempo-- es que trabajamos en equipo. A veces nos llega un caso y lo analizamos entre todos para preparar una buena defensa. Voy a pedirte mucha participación en eso.

Ella se remueve incómoda. Casi todos los abogados suelen ser solitarios, trabajan solos, pero si algo ha llevado a mi bufete al éxito y al prestigio en Gran Bretaña es precisamente eso: muchas mentes trabajando unidas en un mismo asunto a la vez. Por supuesto que todos tenemos nuestros propios casos, pero si surge uno importante que requiere más atención,

entonces se la prestamos.

-- Vale --no suena muy convencida, pero no opino al respecto. Creo que empiezo a avanzar con ella.

-- Seguramente tus primeros casos te los voy a asignar yo. Soy el que gestiona la mayoría de consultas que recibe el bufete cada día y el que deriva los casos al resto del equipo. Si tienes dudas, puedes preguntárselo a Kate o a mí.

-- ¿Quién es Kate? --pregunta arrugando la nariz.

-- Tu "tutora" --uso el mismo tono agudo que ella ha usado antes para remarcar la palabra "tutor"--. Ayer hablé con ella y hoy te va a introducir al equipo. Normalmente yo estoy trabajando, pero si tienes alguna duda importante que ella no pueda resolverte, puedes preguntarme a mí.

Emily cruza los dedos de las manos y asiente. Voy avanzando. Ya no hay rastro de esa actitud de señorita que me ha presentado esta mañana. Tengo mucha paciencia, pero si hubiera continuado con ese rollo, se me habría terminado definitivamente.

-- Bien, gracias, señor Olson.

Sonríó, mirándola fijamente y por un momento me pierdo en el cielo de sus ojos.

-- Puedes llamarme Zac --la corrijo--. Todos me llaman Zac aquí.

Ella responde a mi sonrisa. Esta vez achina los ojos, pero no de una forma sarcástica, sino sincera. Se le forman dos hoyuelos preciosos en las comisuras de los labios.

-- Pues tú puedes seguir llamándome señorita García.

Me equivocaba. Su actitud sigue palpitante en su sonrisa de bruja.